

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Liderazgo, pedagogía y oratoria en los líderes latinoamericanos.

Alejandra Varela.

Cita:

Alejandra Varela (2013). *Liderazgo, pedagogía y oratoria en los líderes latinoamericanos*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/157>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X Jornadas de Sociología de la UBA
20 años de pensar y repensar la sociología.
Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos
para el siglo XXI
1 al 6 de julio de 2013

Mesa: 10 - América Latina piensa a América Latina

Título de la ponencia: Liderazgo, pedagogía y oratoria en los líderes latinoamericanos

Autores: Alejandra Paula Varela - UNLP

Que los sujetos se presenten, que todos aquellos que sufren, que padecen la prepotencia del poder, que se sienten desplazados y negados puedan tomar la voz, es una de las tareas de la política, al menos de aquella que se ubica a la izquierda, que recupera palabras como liberación o igualdad, que entiende que la idea misma de revolución, como planteaba Michel Foucault es el combustible para su existencia y que esa posibilidad se desvanece a partir de la obra de Alain Badiou. Alain Badiou piensa su filosofía a partir de esas explosiones de singularidades que se sostienen en la inconsistencia, en las múltiples voces que despiertan los conflictos sociales. Para él el amor es un momento de la creación del Uno, de la representación, del momento donde la tensión entre todas las formas posibles de abordar un conflicto se comprime en una expresión comunicable que se inscribe fácilmente en un diálogo con el poder.

Pero también se puede forzar y entrar con brusquedad en su teoría y preguntarle si acaso el amor al líder no podría incluirse dentro del acontecimiento amoroso, de una de esas cuatro instancias en las que Badiou considera posible que el acontecimiento tenga lugar. Si así fuera, si ocurre ese momento fugaz, azaroso pero buscado donde los sujetos se reconocen frente a la instancia de lo nuevo, de lo que no tiene nombre pero merece la invención de un pensamiento que pueda dar cuenta de su existencia, entonces el líder se convertiría en la expresión de un múltiple, en una figura capaz de contener a la diversidad de un pueblo.

El año pasado tuve la oportunidad de entrevistar a Alain Badiou para la revista Debate y me atreví a plantearte esta posibilidad en el marco de la experiencia de los gobiernos latinoamericanos donde la figura del líder aparece como un componente político fundamental, casi imprescindible, dinamizador de la política. Si bien Badiou se permitía reconocer que estas características tenían lugar, se negaba a ver a los gobiernos latinoamericanos como acontecimientos políticos, como sucesos que presentan algo del orden de la novedad, de la creación política. Para él se trataba de experiencia bastante parecidas a los gobiernos de Roosevelt o de Gaulle. Es decir, Latinoamérica no le está diciendo nada demasiado novedoso al mundo ni está aprendiendo de su historia para pensarse y parirse por fuera de los modelos imperialistas sino que está transitando por una etapa de la que Badiou

ya conocía el final, donde los líderes vienen a acortar la distancia que la sociedad tuvo con el estado durante décadas, a renovar un sentido de la política bastante desprestigiada pero es sólo una pausa para que el liberalismo vuelva a imponerse con más fuerza.

El líder no es, necesariamente, un reflejo del individualismo, rasgo que se utiliza para desmerecer esta cualidad, sino que es alguien que contiene el aliento de lo histórico y que habla de las posibilidades de los sujetos. El líder podrá ser alguien excepcional pero también recupera esa singularidad oculta en cada persona. Si bien han existido experiencias históricas donde los líderes han provocado un efecto de masificación en el pueblo, su rol siempre resguarda una portentosa eficacia para interpelar a la ciudadanía y despertar sus capacidades.

Néstor Kirchner solía hablar de sujetos comunes con responsabilidades importantes y esa frase da cuenta de una idea de cercanía, de un contagio que puede reproducirse aún en el ser más desprotegido. El poder de la transformación que genera innumerables sismos, mareas humanas, presencias que nadie puede detener.

Los liderazgos latinoamericanos se sostienen en la posibilidad de transformar la vida de los sujetos, de plasmar sus ideas en logros concretos. Hugo Chávez se presentó como un líder carismático en una época donde esa figura parecía haber entrado en desuso. Si bien a comienzos de este siglo el fracaso del neoliberalismo había demostrado lo infecunda que podía ser la imagen de un político creada por publicistas, la presencia de un líder también era sospechada.

Richard Schechner diferencia al actor que interviene en un teatro, el libretista que crea el texto y el actor que se convierte en el dueño, en el creador de una experiencia inmanente. Él es el actor que se convierte en el dueño de una experiencia inmanente. Él es el actor que se convierte en el dueño de una experiencia inmanente. Él es el actor que se convierte en el dueño de una experiencia inmanente.

Esta caracterización de histrión autoritario y totalizador, que lo abarca todo y canaliza la acción política hasta el límite de reemplazar la participación del pueblo, expulsó al líder del espacio democrático, diseminó enormes sombras de sospecha ante cada una de sus apariciones, llevó a comparar su imagen con la de un monarca, lo identificó como una encarnación de la soberanía y ubicó en su lugar el predominio de las instituciones como una forma más técnica, menos apasionada y personalista.

De este cuestionamiento se alimenta tanto la crítica liberal, con su predica en el republicanismo, como la izquierda con un discurso más complejo y bifurcado donde se busca que desde lo institucional no pase nada del orden de lo épico y que la política se desplace al territorio, a los movimientos sociales, a aquellos espacios "donde las víctimas se pronuncian", bella frase de Badiou.

Es así como Roberto Espósito comienza a hablar de una democracia silente "La verdad de la democracia reside actualmente en la salvación de lo impolítico frente a cualquier pretensión de anexión, incorporación o traducción política. Por ello la democracia debe seguir siendo técnica. Definirse forma, método, procedimiento. Resistir a cualquier intención de valor."¹

Esposito habla de una alteridad que la salva de su integral realización. No se trata de un retorno a la comunidad sino de su ausencia. La comunidad en una democracia hace presión en los márgenes y en el interior hasta constituirse como

¹ Diez pensamientos acerca de la política - Roberto Espósito - FCE - 2012

presencia de lo impresentable, lo impolítico. Para Espósito la democracia se preserva si logra salvar a lo impolítico de cualquier intento de traducción a la política. “No ilusiona ni consuela”.²

Dialoga claramente con Badiou cuando sostiene que el verdadero acontecimiento político debe ocurrir por fuera del estado y que los sujetos, en la instancia de la presentación, deben forzar al gobierno de turno a realizar las políticas que, de otra manera, le serían ajenas.

“La democracia no debe abrir espacios cada vez más amplios de comunicación sino defender las últimas zonas de incomunicación. Bajar la voz, generar silencio”,³ sostiene Espósito. Es que la palabra es un elemento central del liderazgo. La flecha que sacude el corazón de un pueblo. Los discursos de los nuevos líderes latinoamericanos suelen ser muy extensos y funcionan como un equilibrio entre los altos niveles de emotividad y una forma racional que tiene una marcada impronta pedagógica. Con su palabra el líder intenta pensar todo de nuevo, poner en discusión lo establecido y confrontar con otras formas de poder. Necesita que sus argumentos, que su arma de batalla intelectual sea lo suficientemente clara para la mayoría de la sociedad a la que intenta convencer, modificar en sus viejas creencias. Por eso sus estrategias de comunicación suelen ser arriesgadas y polémicas porque se ubican en el escenario político de un modo altisonante. La pedagogía es otra característica de estos liderazgos. Los larguísimos “Aló Presidente” y las cadenas nacionales que tanto molestan a la oposición y que son presentadas como prueba contundente de autoritarismo, tienen como finalidad educar a la mayoría de la población en las formas más primarias de la comunicación. La remota conciencia es un mecanismo de defensa que busca fortalecer la moral. De evidenciar cuales eran los mecanismos que servían para sostener un orden de cosas y que es lo que se va a transformar. Cada una de las decisiones que se toman. Son esfuerzos de recuperación de la autoestima, actos que buscan construir fortalezas morales. Se presentan como épocas donde todo debe ser repensado.

Pierre Boudieu discute esta herramienta en el marco de una alienación representativa donde los intereses e identidades de los representados ya no cuentan sino que se trataría sólo de un espacio de autoafirmación del líder. Aparecería como un personaje impuesto y no como el resultado de una dinámica social. Una mirada propia de los temores que despierta esta figura dentro de la tradición europea.

Los pueblos reconocen un líder porque lo observan como el protagonista necesario, casi imprescindible para transitar determinado momento político. Suelen ser actores que aceleran las resoluciones en tiempos de crisis y se presentan como referentes que agitan la participación política y la militancia.

La épica es otra característica, entendida como la posibilidad de tomar dimensión del valor histórico de las acciones que se llevan a cabo y del nivel de conflictividad que presentan, determinados por la presencia y el vigor con que dan la batalla sus enemigos. Porque estos enemigos se vuelven más visibles e intentan también sostener su identidad. Pero la épica le da un nuevo lugar al pueblo, lo obliga a tomar partido y le da espesura a ese líder. Son vidas individuales las que se sienten

² Op Cit.

³ Op. Cit.

llamadas, las que se reclaman como imprescindibles para dar la batalla. Ya no se construye una historia excluyendo, generando en ese ciudadano de a pie la ingrata percepción de su inexistencia. A ese pueblo hay que hablarle a los ojos, hay que recorrer hasta el rincón más escondido y comprenderlo.

La presencia concreta y la puesta en escena, dato que la derecha suele usar para descalificar o destacar un carácter ficcional de los líderes latinoamericanos cuando hasta la más ingenua ceremonia social encierra una puesta en escena, señalan también esa voluntad inclusiva en el espacio político. La espectacularidad de un Chávez o de una Cristina Fernández habla de una política que no se propone sustentarse en un detrás de la escena sino que abre el gran escenario político a todas las contiendas que sus decisiones despierten y le pone el cuerpo a las batallas. Son cuerpos que se desgastan más y se vuelven más frágiles porque están mucho más humanizados, no son el resultado de un ceremonial o de un spot publicitario sino de una realidad cotidiana donde los autores del libreto son ellos mismos. De su capacidad para hablar, para expresar esas ideas que sostienen sus actos, dependerán también sus adhesiones y odios.

La oratoria de Chávez que lo vuelve distinto, una continuación de Fidel pero también el exponente de una política que se creía añeja y olvidada, es una demostración de su fortaleza. De la capacidad de plantarse con todo su pasado y con todo lo que hace día a día y demostrar que cada una de sus ideas y sus actos están en su cabeza y pueden acontecer en cualquier lugar y en cualquier momento gracias a la potencialidad de su voz.

La experiencia escuchada a Chávez a la hora de hablar es una experiencia trasnochada y legua por un lado, están también sus locuciones y la terrible posibilidad de equivocarse, la frase que funciona como un traspie y que será atrapada por una palabra inapropiada o una palabra inadecuada. Pero esta mezquindad ocurre porque ellos saben que las palabras de estos políticos son acciones, que determinan tanto como cualquier decisión de gobierno porque ya no se trata de llenar el tiempo o cumplir con formalidades, de instaurar un discurso vacío donde todo suena aceptable pero se desliga lastimosamente de la realidad, sino de ponerse a prueba en cada palabra, de sostener, como creía Aristóteles que en la respiración está el alma.

Los movimientos de indignados europeos, especialmente el 15 M en España, ayudan a la descripción de una manifestación de la presencia. Esta acción política parece consumirse, asfixiarse al dispersar sus reclamos ya que carece del momento de síntesis materializado en el líder.

George Bataille entiende que una democracia necesita de la sangre del conflicto para mantenerse en pie pero considera que sólo puede existir en una situación policéfala. El líder sería el normativo factor neutralizador.

Para Ernesto Laclau sin la intervención del líder no se concretaría una inscripción de los sectores marginales en la política, por eso su tarea es fuertemente democrática. El líder es el encargado de trascender la particularidad de la demanda, de añadir algo al interés de los representados, se convierte en un productor de símbolos y modifica al pueblo que se constituye como tal en el momento de identificación con este significante vacío que representa una cadena de equivalencias. Es la instancia de unidad de lo múltiple. Para que esa heterogeneidad exista tiene que haber algo que esté por fuera, que sea lo Uno. Allí

se produce la tensión entre la función hegemónica del significante vacío y las equivalencias de las demandas particulares. En ese espacio de tensión se constituye el pueblo. El afecto hacia el líder se convierte en una cualidad imprescindible para volver inteligible la política.

Espósito prefiere hablar de héroes. Es la muerte la que permite esta mutación de líder a héroe pero también hace falta una resistencia en el plano de lo histórico, la posibilidad de volver a ajustar un personaje del pasado en la escritura esquiva del presente.

En esta parte de la historia contemporánea de la que nos toca ser testigos y protagonistas, la muerte se presenta como una reiteración inquietante. Dos líderes latinoamericanos murieron prematuramente y en la plenitud de su tarea, en un momento donde todavía tenían mucho por hacer y eran imprescindibles. La muerte de Hugo Chávez como la de Néstor Kirchner no sólo despiertan la pregunta por la continuidad del proceso político que crearon sino que permite entrar en el detalle de las particularidades que vinieron a instalar en el campo de lo político.

El héroe es una figura que surge de la tragedia y que en su versión más clásica crea una acción con sentido. En una instancia de su vida debe elegir entre renunciar al sentido de su acción y vivir o preservar el valor de su hazaña y morir. Para Elías Canetti sólo una persona capaz de soportar este dolor tiene verdadera vocación para la política.

De la configuración dramática Canetti pasa a la de escritor de máxima fuerza simbólica. Aquel que asume en la política el rol que practica el arte de la metamorfosis, no sólo en la escritura sino en la vida. Reclama la capacidad de identificación con la tragedia que en las diferentes etapas de la modernidad entra en un proceso de sutil decadencia. El escritor deberá, entonces, abrirse a todo aquello que le es ajeno. El escritor deberá, entonces, abrirse a todo aquello que le es ajeno.

Pero la sola idea de involucrarse sugiere la posibilidad de una acción, término al que Espósito también inhabilita. La inacción es el origen de la acción. Porque la posibilidad de una obra abre el espíritu del mito, una instancia de anulación del conflicto para Espósito, la única respuesta posible es la inacción en aquellas situaciones en las que el sujeto se vería obligado a actuar. Aquí Espósito parece unirse a los planteos del filósofo argentino Oscar del Barco cuando después de encontrar en la violencia una amenaza implícita dentro de toda acción política decide refugiarse en un mundo de hombres mansos.

Se trata de una línea teórica que pone en crisis la idea de la representación, que la cuestiona como una instancia homogénea y que se propone pensar la realidad como expresiones múltiples donde no existe un pueblo sino multitudes diversas. Este pensamiento corre el riesgo de caer en una forma nueva de individualismo y de extrema confusión donde una variedad de demandas quedan en una zona de particularidades que no pueden pensarse a sí mismas como totalidad. La representación es un forma que vuelve legible, posible la política, que la saca de un territorio caótico y meramente reivindicativo.

La derecha suele reducir la discusión sobre el liderazgo a las características de la personalidad de ese líder para desligarlo de cualquier expresión del orden de lo

social que esa figura pueda representar

Para Espósito la representación reduce al conflicto a un orden categorial. Y el conflicto es la realidad de la política pero se trata de una experiencia impronunciada, la antinomia es el trasfondo irrepresentable del lenguaje político. A su vez, remarcando la contradicción, Espósito afirma que representar lo irrepresentable debe ser uno de los objetivos de la política.

Maquiavelo, por el contrario, se ocupó de pensar la política por fuera de su representación filosófica. El conflicto por el poder aparece en su obra sin intención conciliadora, armónica. No existiría una instancia superadora donde el conflicto podría encontrar un fin, como sucede en la teoría marxista, sino que la política aparece en los términos y límites de su efectiva existencia. Por fuera resuena la nada, su inactualidad. No se trata de una unidad sino de poder interactuar con lo múltiple, lo diverso.

En este marco, bajo estos razonamientos, se produce una maquinaria en la que se alista parte de la intelectualidad europea más brillante, de descrédito del estado. Un elemento que produce cierta distancia y despierta el espíritu crítico en el lector latinoamericano que ha experimentado como la disolución del estado lo deja en una situación de indefensión. Pero existe un dato sustancioso para los términos en los que se da la discusión política en la Argentina actual. Para Espósito cualquier aumento de eticidad, antes que reducir el potencial de dominio del estado lo incrementa mediante una legitimación artificial.

El discurso moral fue tomado de manera estratégica por los medios de comunicación y el discurso político. Los medios de comunicación política y la construcción del discurso político se convirtieron en una fuente de autoridad irrefutable. Los medios tomaban las herramientas de la retórica y se ocupaban de sustentarse a partir de la construcción de liderazgos personalistas, carismáticos, con una importante carga afectiva. Pero se trataba de liderazgos sin proyecto, que buscaban la parálisis y el desencanto de la sociedad y sólo apaleaban a su participación en momentos donde la manifestación de la gente en las calles sin banderas políticas era útil para sus objetivos.

En este momento las sociedades latinoamericanas están confrontando estos modelos de liderazgo porque la muerte o la imposibilidad de continuación de los mandatos de algunos líderes los presentan como figuras imprescindibles e irremplazables. El desafío será pensar como se sostiene la herencia política en ausencia del líder que la hizo posible.